

¿Has oído hablar de *Samuel Hebroni*us?

—Sí, padre mio, si es el mismo que el abad Espiridion. Referile entonces lo que el tesorero me habia contado.

El padre Alejo levantó los hombros con expresion de desprecio y me habló en estos términos:

—Hay otras herencias que las de la familia en las cuáles se legan, segun la carne, las riquezas materiales. Parentescos mas nobles fundan patrimonios mas santos. Cuando un hombre se ha pasado la vida investigando la verdad por todos los medios imaginables, dedicándole todas sus fuerzas, cuando en puro de estudio ha alcanzado á descubrir algo en el vasto mundo del espíritu, desea no enterrar el tesoro que ha encontrado; no quiere que aquel rayo de luz vuelva á perderse en la oscuridad y al acercarse el término de su existencia, busca entre hombres mas jóvenes una inteligencia semejante á la suya, en la que pueda, ántes de morir, grabar sus pensamientos y su ciencia, á fin de que la sagrada obra no se interrumpa con la muerte del primer obrero, sino que marche, se ensanche y perpetuada de raza en raza llegue con el tiempo á su cabal cumplimiento. Y estáte persuadido hijo mio de que para emprender y continuar tamaños trabajos, para hacer y aceptar semejantes trabajos se necesita una inteligencia generosa y un sacrificio grande, sobre todo cuando de antemano se sabe que no se llegará al conocimiento de la última palabra del grande enigma al cuál ha consagrado uno su vida. Perdóname este orgullo, hijo mio; será quizá la única recompensa que saque de esta trabajosa vida, la única espiga que recoja en el áspero surco que con el sudor de mi frente he labra-

do. Soy el heredero espiritual del padre Fulgencio, como tu serás el mio, Angel. Fulgencio, era un monje de este convento: en su juventud habia conocido á su fundador, nuestro venerable maestro Hebronius, al que llaman aquí el abad Espiridion. Era para él, lo que tú eres para mí, hijo mio, joven, bueno, inexperto, tímido como tu; le amaba su maestro como yo te amo y le confió con una parte de su secretos, la historia de su vida. Del mismo heredero del maestro, se yo pues lo que voy á referirte.

Pedro Hebronius no se llamaba así al principio. Su verdadero nombre era Samuel. Era judio y oriundo de una pequeña aldea de las cercanías de Inspruck. Su familia, poseedora de grandes riquezas, le dejó en sus primeros años, completa libertad para seguir sus propias inclinaciones, las cuales fueron muy serias desde su niñez. Gustaba de la soledad y pasaba los días y aun las noches recorriendo las escabrosas montañas y los estrechos valles de su país. Sentábase amenudo á orillas de los torrentes y de los lagos y permanecía allí largas horas escuchando el rumor de las olas, procurando adivinar el sentido que la naturaleza ocultaba en aquellos susurros. Par de su edad, tornábase su imaginacion curiosa y grave. Preciso fué pensar en darle una instruccion sólida. Enviáronle sus padres á estudiar á las universidades de Alemania. Hacia entonces un siglo escaso que Lutero habia muerto y su memoria y su palabra vivian aun en el entusiasmo de sus discípulos. La nueva fé se afirmaba en sus conquistas y dilatábase en su triunfo. Animaba á los reformadores el mismo ardor de los primeros días pero mas ilus-

trado, mas mesurado. El preselitismo proseguia su tarea con ardor reclutando cada dia nuevos adeptos. Al oír predicar una moral y explicar dogmas extraídos del mismo catolicismo, Samuel quedó pasmado de admiracion. Como era un espíritu atrevido y sincero, comparó las doctrinas que se le exponian entonces con aquellas en que habia sido educado, é iluminado por ésta comparacion reconoció al instante la inferioridad del judaismo. Dijose á sí mismo que una religion hecha para un solo pueblo, con exclusion de todos los demás, que no daba á la razon satisfaccion de lo presente, ni certidumbre de lo porvenir, que desconocia la doble necesidad de amar, inherente al corazon humano, y ofrecia solo una bárbara justicia por línea de conducta, no podia ser la religion de almas grandes, de espíritus nobles y que no podia ser Dios de verdad el que al estrépito del trueno dictaba sus mudables voluntades y para ejecucion de tan estrechos pensamientos escogia hombres esclavos de terror grosero. Siempre consecuente consigo mismo, Samuel puso en ejecucion su pensamiento y un año despues de su llegada á Alemania, abjuró el judaismo para entrar en el seno de la iglesia reformada. Como no hacia las cosas á medias quiso despojarse, en cuánto cabia del hombre viejo y comenzar una nueva vida, entonces fué cuando cambió su nombre de Samuel por el de Pedro. Trascurrió algun tiempo durante el cual se instruyó y se afirmó en su nueva religion, buscando, en su ardor, objeciones que refutar y adversarios que combatir. Como era audaz y emprendedor se dirigió, desde un principio, á los mas fuertes. Bossuet fué el primer autor católico que empezó á

leer, verificándolo con una especie de desden; creía firmemente que la fé que acababa de abrazar era la verdad pura, despreciaba por consiguiente los ataques que contra ella se intentaban y se burlaba algo precipitadamente de los argumentos irresistibles del aguila de Meaux; pero pronto su irónica confianza, cambiöse en duda primero y en admiracion despues. Cuando vió con que rigurosa lógica y con cuan grandiosa poesía el prelado francés defendia la iglesia de Roma, se dijo que la causa defendida por semejante abogado era cuando menos digna de respeto, y por una transicion natural llegó á pensar que los grandes espíritus podian solo consagrarse á grandes cosas. Llevado de esta idea púsose ó estudiar el catolicismo con el mismo ardor é imparcialidad que el luteranismo, colocándose frente á frente de él. no como hacen comunmente los sectarios, desde el punto de vista de la controversia y de la denigracion, sino desde el del examen y de la comparacion. Fué á Francia, para ilustrarse en la religion madre al lado de los doctores, como habia hecho en Alemania respecto de la reformada. Vió al grande Arnaldo y al segundo Gregorio Nacianceno, Fenelon, y al mismo Bossuet. Guiado por estos maestros cuya virtud le hacia amar la inteligencia, penetró rápidamente el fondo de los misterios de la moral y del dogma católicos. Encontró en ellos, cuánto constituia para él la hermosura y la grandeza del protestantismo, el dogma de la unidad y de la eternidad de Dios que ambas religiones habian tomado del judaismo y cuánto de esto se deducia sin que Moisés lo hubiese reconocido, tal la inmortalidad del alma, el libre albedrio en esta vida y la recompensa y el castigo

para buenos y malos en la otra. Encontró en el catolicismo mas pura la sublime moral que predica á los hombres la igualdad entre ellos, la fraternidad, el amor, la caridad, el sacrificio, el desprendimiento de sí mismo.

Parecióle además que ésta religion tenía en su favor la ventaja de una fórmula mas vasta y una unidad vigorosa que faltaba al luteranismo. Verdad es que éste en cambio habia admitido la libertad de exámen, que es tambien una necesidad de la naturaleza humana y proclamado la autoridad de la razon individual, pero por lo mismo habia renunciado al principio de la infalibilidad que es la base necesaria, la condición vital de toda religion revelada, pues que no puede hacerse vivir una cosa sino en virtud de las leyes que han presidido á su creacion y por consiguiente no puede continuarse y confirmarse una revelacion mas que por otra revelacion. Ahora bien; la infalibilidad no es sino la revelacion continuada por Dios mismo ó el Verbo en la persona de sus vicarios. El luteranismo que pretendia compartir el origen del catolicismo y apoyarse en la misma revelacion, habia zapado con sus propias manos los fundamentos de su edificio, rompiendo la cadena tradicional que unía el cristianismo entero á esta misma revelacion. Permittiendo discutir libremente la continuacion de la religion revelada, habia entregado por este mero hecho sus principios, atentando asimismo la inviolabilidad de este origen que compartia con la secta rival. Como el espíritu de Hebronius se hallaba en aquella época mas inclinado á la fé que á la crítica y sentía menos necesidad de discusion que de conviccion, prefirió la certeza y la

autoridad del catolicismo á la libertad é incertidumbre del protestantismo. Este sentimiento se robustecia ante el carácter sagrado de antigüedad que el tiempo habia impreso en la frente de la religion madre. Además la pompa y el esplendor que rodeaban al culto romano, parecian á este espíritu poético la expresion armoniosa y necesaria de una religion revelada por el Dios de la gloria y de la omnipotencia. Finalmente despues de maduras reflexiones, comprendió que se hallaba sincera y enteramente convencido y recibió de nuevo el bautismo de manos de Bossuet. En aquel acto añadió el nombre de Espiridion al de Pedro, para conmemorar su doble iluminacion por el espíritu. Desde aquel entónces resolvió consagrar toda su vida á la adoracion del nuevo Dios que le habia llamado hácia sí, y á profundizar su doctrina; pasó á Italia y con el auxilio de una gran fortuna heredada de un tio suyo, católico tambien, hizo edificar el convento en que estamos. Fiel al espíritu de la ley que habia creado las comunidades religiosas, reunió á su alrededor los monges mas afamados por su inteligencia y su virtud para dedicarse con ellos á la pesquisa de todas las verdades, y trabajar en el engrandecimiento y corroboracion de la fé por la ciencia. Al principio su empresa pareció alcanzar feliz éxito. Estimulados por su ejemplo, sus compañeros se entregaron durante algunos años á la oracion y á la meditacion. Habíanse constituido bajo la advocacion de San Benito, adoptando las reglas de su órden. Cuando llegó el momento de nombrar un gefe espiritual, la eleccion recayó unánimamente sobre Hebronius y fué confirmada por el papa. El nuevo prior, feliz un momento con

la confianza de los hermanos que había escogido, volvió de nuevo á sus trabajos con mas ardor y esperanza que nunca. No tardó sin embargo mucho tiempo en reconocer que se había engañado acerca de los hombres que había llamado para compartir su empresa. Como los había escogido entre los religiosos mas pobres de Italia, no le costó mucho obtener de ellos celo y aplicacion durante los primeros años. Acostumbrados como estaban á una vida dura y activa, habían adoptado fácilmente el género de existencia impuesto por Hebronius, conformándose gustosos á sus deseos. Pero á medida que se acostumbraron ó la opulencia, volviéronse menos laboriosos y cayeron poquito á poco en los defectos y vicios de sus cofrades más ricos, cuyo gérmen habían conservado. A la frugalidad sucedió la intemperancia, á la actividad la pereza, á la caridad el egoismo; no mas plegarias durante el dia, no mas vigiliias por la noche; la malediscencia y la gula sentaron sus reales en el convento; tras ellas penetraron la ignorancia y la desvergüenza y el templo destinado á virtudes aústeras y á nobles trabajos, convirtiéronlo en receptáculo de indecentes placeres y vil ociosidad.

Hebronius, dormido en su confianza y perdido en sus profundas especulaciones, no advertía el estrago que á su alrededor causaban los miserables instintos de la materia. Cuando abrió los ojos, era ya tarde: no había visto la transición por la cual todas estas almas vulgares habían pasado del bien al mal; demasiado alejado de ellas, además por la magnanimidad de su naturaleza, no comprendió tales debilidades y en lugar de descender hácia los pecadores, de conducirlos suavemente y de nuevo

hácia la virtud, inspiráronle inmenso desprecio, separóse de ellos con disgusto y dirigió al cielo sus pensamientos siempre huérfanos desde entónces. Como el águila herida en el ala por venenoso reptil se remonta sin embargo hasta el sol, no pudo Hebronius desde la altura de su sentimiento olvidar los escándalos que sus mismos ojos habían visto. La idea de la corrupcion y de la vil bajeza vino á turbar todas sus meditaciones teológicas y se adhirió como repugnante lepra al ideal de la religion, y pronto, apesar de sus fuerzas de abstraccion, le fué imposible separar los católicos del catolicismo. Esto le llevó, sin él notarlo á considerarlo por sus puntos vulnerables como en otro tiempo lo había considerado por sus puntos inatacables, y á buscar, apesar suyo, cuánto tenía de flaco y de deficiente. Con la poderosa facultad de análisis de que estaba dotado su génio investigador, no tardó en encontrarlo, pero al igual de aquellos hechiceros temerarios que evocaban los espectros, temblando luego á su aparicion, asustóse él mismo de sus descubrimientos. Habíase ya apagado en él aquel fuego de la juventud que siempre le impelió hácia adelante y decíase que una vez destruída ésta tercera religion no encontraría otra bajo la cual pudiera abrigarse. Esforzóse pues, en afirmar su fé que empezaba á vacilar y para conseguirlo leyó de nuevo los mejoramientos de los defensores contemporáneos de la Iglesia. Naturalmente volvió á Bossuet, pero mirábale ya desde otro punto de vista y lo que otras veces le había parecido concluyente y sin réplica parecióle á la sazón controvertible ó negable en muchas partes. Los argumentos del católico doctor recordáronle las objeciones de los protestan-

tes y la libertad de exámen que en otro tiempo despreció halló por segunda vez cabida victoriosa en su inteligencia. Precisado á luchar individualmente contra la doctrina infalible, cesó de negar la autoridad de la razon individual. Es mas: pronto hizo de de ella uso mas audaz que aquellos que la habian proclamado. Titubeó al principio, pero una vez emprendida la carrera no se detuvo. De consecuencia en consecuencia, se remontó hasta la misma revelacion, la atacó con la misma lógica que todo lo demás y obligó á bajar á la tierra aquella religion que pretendia ocultar su cabeza en el cielo. Cuando hubo librado con la fé batalla tan decisiva, continuó la marcha y prosiguió en sus victorias, victorias funestas que le costaron muchas lágrimas é insomnios. Despues de haber despojado de su divinidad al padre del cristianismo, no temió pedirle á él y á sus sucesores, cuenta de la obra humana que habian llevado á cabo. La cuenta fué severa. Hebronijs llegó hasta el fondo de las cosas. Encontró mucho mal, junto con mucho bien y grandes errores adheridos á grandes verdades. El extensísimo campo católico habia producido quizá tanto joyo como trigo. Opinaba Hebronijs que un Dios puramente espíritu, produciendo de sí mismo un mundo material, pudiendo luego absorberlo por un anonadamiento semejante á su creacion, no era sino el producto de una imaginacion enferma, precisada á inventar una teologia cualquiera y he aquí lo que se repetia amenudo á sí mismo:—Estando el hombre organizado tal cual está, no debiendo juzgar ni creer mas que aquello que le dictan sus propias percepciones ¿ésle posible concebir que de nada se haga cosa alguna y de cosa

alguna, nada? ¿Y cual es el edificio construido sobre esta base? ¿Qué viene á hacer el hombre á este mundo material que el puro espíritu ha extraido de sí mismo? Ha sido sacado y formado de la materia, despues colocado aquí por Dios para someterlo á pruebas que este mismo dispone á su antojo y cuyo resultado sabe anticipadamente; para luchar en fin contra un peligro al cual debe necesariamente succumbir, espianado luego una falta que no podia por menos de cometer.

Esta teoria de los hombres, llamados sin su consentimiento á una vida de peligros y de angustias, seguida, para la mayor parte de padecimientos eternos é inevitables arrancaba al alma recta de Hebronijs, gritos de dolor y de indignacion.—Sí, exclamaba, sí, vosotros sois ciertamente los descendientes de esos judios implacables que en las ciudades conquistadas asesinaban atrozmente los hijos de los hombres y los corderitos de los rebaños; vuestro Dios no es mas que el hijo engrandecido del feroz Jeovah el cuál sólo hablaba á sus adoradores, de cólera y de venganza.

Renunció pues al cristianismo, pero como no tenía otra religion para poner en su lugar y por otra parte se habia vuelto mas prudente y sosegado, no quiso hacerse acusar inútilmente de inconstancia y apostasia y conservó todas las prácticas exteriores de ese culto que interiormente habia abjurado. Pero no le bastaba haber dejado el error, era preciso encontrar la verdad. Hebronijs miraba á su alrededor y nada veía que tuviese visos de tal; entonces comenzó para él una série de terribles y desconocidos padecimientos. Colocado frente por frente de la duda,

su espíritu sincero y religioso espantóse de su aislamiento y sudó agua y sangre cuál otro Cristo en la montaña á la vista de su cáliz. Como no tenía mas fin, ni mas deseo que la verdad y fuera de ella nada le importaba aquí bajo, vivía absorto en sus dolorosas contemplaciones, sus miradas erraban sin cesar por el vacío que le rodeaba como un océano sin límites viendo retroceder ante él, el horizonte á medida que quería alcanzarlo. Perdido en tan inmensa incertidumbre, sentía apoderarse de él una especie de vértigo.

Luego cansado de sus vanas pesquisas y de siempre desesperanzadas tentativas, caía agobiado, descoyuntado, viviendo solo por el profundo dolor que sentía sin acertar á comprenderlo.

Apesar de esto conservaba bastante fuerza para no dejar percibir al exterior nada de su lucha interna. Al ver la palidez de su frente, furtivas lágrimas que de tiempo á otro corrían por sus mejillas, su pausado y melancólico andar, sospechábase, si que su alma sostenía rudo combate, pero se ignoraba por que como á nadie habia confiado la causa de su mal, nadie hubiera podido decir si procedía de desesperada incredulidad, ó de fe demasiado viva para hallar cabal satisfaccion en la tierra. La duda acerca de este particular era muy incierta. El manto de tristeza del abad Espiridion ocultaba á todos el secreto de su herida. Cumplía además con tan irreprochable exactitud todas las prácticas exteriores del culto y todas sus obligaciones visibles de perfecto católico que no podían sus enemigos encontrar pretesto para acusarle. Todos los frailes, cuyos vicios contenía con su rígida virtud y cuya vil holgazaneria condena-

ba con sus aústeros trabajos, mortificados en su egoismo y en su vanidad, alimentaban contra él un odio implacable y buscaban ardientemente medios para perderlo, mas no observando en su conducta ni la sombra de una falta, veíanse obligados á roer silenciosamente su estrecha regla y contentábase con verle sufrir por sí mismo. Hebroniús penetraba el fondo de aquellos pensamientos y al propio tiempo que despreciaba su impotencia, indignábale, tanta ruindad. Así cuando por algunos momentos salía de sus preocupaciones interiores para echar una mirada sobre la vida real hacia crudamente llevar á aquellos frailucos, el peso de su maldad. Tan benigno era para los buenos como duro para los malos. Si todas las debilidades le hallaban compasivo y todos los padecimientos simpático, todos los vicios le encontraban severo y todas las imposturas implacable. Parecía aliviar sus males en este completo ejercicio de la Justicia. Su alma generosa se exaltaba con la idea de hacer el bien. No tenía regla cierta, ni ley absoluta, pero guiaban todas sus acciones y encaminábanlas á lo justo una especie de razon instintiva que nada podia desviar, ni aniquilar. Sintiendo fermentar estos generosos sentimientos, dijóse á sí mismo que la sagrada chispa habia cesado de brillar en él, pero no de arder y que Dios habitaba aun en su corazón si bien oculto á su inteligencia por velos impenetrables. Quizá por esto cobró apego á la vida y fuese ésta ú otra idea la que lo reanimase, lo cierto es que poco á poco se despejó su frente y sus ojos antes empañados por lágrimas recobraron su antiguo esplendor. Nuevamente se entregó y con más ardor que nunca á los

trabajos que habia abandonado, observando una vida mas retirada que nunca tambien. Al principio sus enemigos se regocijaron creyendo que la enfermedad era causa de la soledad en que se habia encerrado, pero su error fué de corta duracion. Espiridion, en lugar de debilitarse cobraba fuerzas diariamente y parecia remozarse con las fatigas cada vez mayores que se imponia. A cualquiera hora de la noche se veía luz en su celda y los curiosos que se acercaban á la puerta para indagar en que invertia el tiempo oian girar hojas rápidamente ó el chirrido de la pluma sobre el papel, amenudo pasos mesurados y tranquilos como los de un hombre que medita. Algunas veces, hasta los oidos de aquellos espías llegaban palabras ininteligibles y confusos gritos de cólera ó de entusiasmo le dejaban clavados de admiracion en el sitio ó les obligaban á huir de espanto. Los monges que nada habian podido deducir del abatimiento del abad, tampoco nada dedujeron de su exaltacion. Pusiéronse á indagar la causa de su bienestar y el objeto de sus trabajos y en tan estúpidos cerebros no cupo otra idea que la de la magia. ¡La magia! ¡como si los grandes hombres pudieran achicar su inteligencia inmortal hasta el punto de consagrar su vida á hechicerias, soplando toda la vida en toscos hornillos para hacer aparecer á los asustadizos niños, diablos con cola de perro y pies de cabra! La materia ignorante desconoce en absoluto la marcha del espíritu y nunca los buhos han conocido el camino por donde las águilas se elevan hasta el sol.

Sin embargo aquellos frailucos no se atrevieron á emitir su opinion descaradamente y la calumnia

erró vergonzosa en la oscuridad al rededor del maestro, sin atreverse á atacarle de frente. En el terror pues que inspiraban á esos imbéciles, imaginarias maquinaciones, encontró la seguridad que no hubiera hallado en la veneracion debida á su génio y á su virtud. Todos esperaban ver salir del misterio que rodeaba al abad, algun terrible fenómeno, cosa así como una nube de fuegos devoradores. Así pudo llegar Hebronius con tranquilidad hasta su última hora. Cuando la vió acercarse llamó á Fulgencio por quien sentia paternal afecto. Dijo que le habia distinguido entre sus compañeros por la sinceridad de su corazon y su ardiente amor á lo bello y á lo verdadero; que hacia largo tiempo lo habia escogido para su heredero espiritual y que era llegado el momento de revelarle su pensamiento. Entonces le contó la historia íntima de su vida; cuando llegó al último período se detuvo un instante como para meditar ántes de pronunciar las palabras supremas y definitivas, luego prosiguió así:

—Te he iniciado en todas las luchas, en todas las dudas, en todas las creencias de mi vida. Te he dicho cuánto bueno y malo, verdadero y falso he encontrado en las religiones que he atravesado. Hágote juez y dejo á tu conciencia el cuidado de determinar. Si piensas que he padecido error y que el catolicismo en que has vivido desde tu infancia satisface á la vez tu espíritu y tu corazon, no te dejes arrastrar por mi ejemplo y conserva tu creencia. Debe el hombre permanecer dó bien se encuentra. Para pasar de una fé á otra es preciso salvar abismos y sé demasiado cuan penosa es la ruta que debe seguirse para impelerte á emprender-

la contra tu voluntad. La divina sabiduria proporciona á las plantas el terreno y el viento mas apropiado. Dá á la rosa las llanuras y la brisa; á los cedros las montañas y el huracan. Hay espíritus curiosos y atrevidos que ante todo, desean inquirir la verdad; otros mas modestos y mas tímidos solo piden el reposo. Si te parecieras á mí, si el primer deseo de tu alma fuese la sabiduria te comunicaria sin vacilar mi pensamiento entero. Hariate beber en la copa de la verdad que he llenado con mis lágrimas, hasta correr riesgo de embriagarte. ¡Desgraciadamente no es así! Tu has nacido para amar mas que para saber y tu corazon es mas fuerte que tu espíritu. Estás ligado al catolicismo, así lo creo al menos por lazos de sentimiento que no podrias romper sin dolor; y si lo hacias, esa verdad á la cuál habrias sacrificado todas tus simpatias, no compensaria tu abnegacion. En lugar de exaltarte, quizá te postrará; es alimento demasiado delicado para los pechos delicados que ahoga cuando no vivifica. No quiero pues revelarte la doctrina que constituye el triunfo de mi vida y el consuelo de mi última hora porque quizá te sumiera en el duelo y la desesperacion. ¿Qué sabe uno de las almas? Sin embargo es muy posible que á causa de tu mismo amor, el culto de lo bello te encamine á la necesidad de lo verdadero y puede llegar la hora en que tu espíritu sincero tenga hambre y sed de lo absoluto. Si este caso llega, no quiero que clames al cielo, ni que viertas lágrimas sin provecho sobre una incurable ignorancia. Dejo despues de mí, una esencia mia, la mejor parte de mi inteligencia, algunas páginas, fruto de toda una vida de meditaciones y trabajo. De todas las obras de mis

largas vigiliias, ésta es la única que no he arrojado á las llamas porque era la única completa. Todo mi ser está en ella por entero, allí está la verdad. Ahora bien: ha dicho el sábio que no deben sepultarse los tesoros en los pozos; es, pues, necesario que este escrito se salve de la brutal estupidez de los frailes; no debe pasar sino á manos dignas de hojearlo, únicamente deben mirarlo ojos capaces de comprenderlo; para alcanzar tal resultado quiero pues imponer una condicion que será al propio tiempo una prueba; quiero que éste escrito me siga á la tumba á fin de que aquel de vosotros que deseare leerle tenga bastante valor para arrastrar vanos temores, arrancándolo al polvo del sepulcro: así pues escucha mi última voluntad. Tan pronto como haya cerrado los ojos, coloca este escrito sobre mi pecho; lo he encerrado en un estuche de pergamino, cuya preparacion particular puede preservarle de la corrupcion durante algunos siglos. No dejes que nadie toque mi cadáver; es un triste deber que gustosamente te cederán. Coloca tu mismo la mortaja al rededor de mis extenuados miembros y vela mis despojos con celoso cuidado, hasta que haya bajado al seno de la tierra con mi tesoro, porque no ha llegado la época en que tu puedas aprovecharte de él. Tu adoptarás su espíritu bajo la fé de mi palabra y esta fé no bastaria para sostener la prueba de una lucha diariamente renovada contra ti por el catolicismo. Al igual de cada generacion humana, tiene cada hombre sus necesidades intelectuales cuyo límite marca el de sus investigaciones y sus conquistas. Para leer con fruto estas líneas que confio al silencio de la tumba, es preciso que tu espíritu haya llegado como el mío á

la necesidad de una completa transformacion. Solo entónces te despojaras de tu viejo vestido sin pena y sin temor y te pondrás el nuevo con toda la seguridad de una conciencia limpia. Cuando para tí brille este dia rompe sin inquietud la piedra y el metal, abre mi tumba y hunde en mis secas entrañas una mano ferine y piadosa. ¡Ay! cuando esta hora llegue, me parece que mi yerto corazon revivirá como la yerva helada á la vuelta de un sol de primavera y que desde el seno de las trasformaciones infinitas, mi espíritu entrará en comunicacion inmediata con el tuyo, porque el espíritu vive siempre como eterno productor y así como cada destrucción en el órden material dá lugar á nuevas vidas, del mismo modo, cada soplo intelectual conserva por medio de una invisible comunion el soplo vivificado por él en un nuevo santuario de la inteligencia.

Este discurso no suscitó en el seno de Fulgencio mayor ardor del que el maestro habia presentido. Espiridion le habia juzgado bien al decirle que no habia sonado aun para él la hora del conocimiento. No cabe duda de que en aquella época habia en el claustro espíritus mas atrevidos y cerebros mas vastos que el de Fulgencio que hubieran podido ser depositarios del secreto del abad, pero no los juzgó bastante sinceros y desinteresados para el caso; temió que su tesoro no llegase á ser un medio de poder temporal ó de mundana gloria; quizá tambien en manos de hombres ambiciosos podia ser un manantial de impiedad ó una causa de ateismo bajo la interpretacion de una alma árida ó de una inteligencia privada de amor. Hebronius sabia que Fulgencio, era como dice la Escritura, *oro purí-*

*simo* y que si por falta de valor, llegaba el extremo de no aprovechar el sacro legado, por lo menos no haria de él ningun uso funesto. Cuando vió con cuán humilde resignacion habia escuchado sus confidencias aquel discípulo amado, aplaudióse de haberlo dejado todo á su libre albedrio y solo le hizo jurar que no moriria sin haber hecho pasar aquella herencia á persona digna de poseerla. Fulgencio lo juró.

—Pero ¡oh maestro mio! exclamó ¿cómo conoceré esa persona pura? ¿Si nadie me inspira bastante confianza para que le trasmita vuestro legado, del seno de la tumba, no subirá vuestra voz hácia mi para disipar mi ceguera ó mi timidez? ¿Podré andar solo por las tinieblas cuando la luz se haya extinguido?

—Ninguna luz se extingue respondió el abad y las tinieblas del entendimiento son fáciles de rasgar para un espíritu generoso y sincero. Nada se pierde; ni siquiera la forma muere; permaneciendo mi imagen grabada en el mas íntimo santuario de tu memoria ¿quién podrá decir que yo he desaparecido de este mundo? ¿Romperá acaso la muerte, los lazos de nuestra amistad? ¿Quién podrá pues decir entónces que lo que se conserva en el corazon de un amigo ha dejado de ser? El alma no necesita de los ojos del cuerpo para contemplar lo que ama; ella es un espejo en el cual nada se borra; antes dejará el mar de reflejar el azul de los cielos que la imagen de un sér amado caiga en la nada; el artista que esculpe una imagen sobre mármol ó la pinta sobre el lienzo, ¿no comunica acaso á la materia una especie de inmortalidad?

Tales fueron las postreras conversaciones de Espiridion con su amigo. Pero aquí empieza para este último una serie de hechos personales, sobre los cuales llamó tu atención. Voy á referirtelos tales cuales me fueron transmitidos, amenudo por él mismo con la mas escrupulosa exactitud.

Fulgencio no podia acostumbrarse á la idea de ver morir á su maestro y amigo. En vano le aseguraban los médicos que al abad le quedaban muy pocos dias de vida, pues que su enfermedad habia llegado al punto en que concluyen todas las esperanzas y se hacen inútiles los recursos del arte; érale imposible concebir que aquel hombre de carácter y espíritu tan fuertes aun, estuviese próximo á aniquilarse. Nunca le habia visto mas claro, ni mas elocuente en sus descubrimientos, ni mas extenso en sus miras. En el umbral de la nueva vida gozaba aun de bastante energia y actividad para cuidar de las menudencias de las que iba á abandonar. Solicito para sus hermanos daba á cada uno de ellos las instrucciones que le convenian; á los malos una amonestacion ardiente, á los buenos consejos paternales. Estaba mas inquieto y afectado por el dolor de Fulgencio que por sus propios dolores fisicos, y su inmenso cariño hácia aquel jóven le hacia olvidar lo que de solemne y terrible tiene el paso que iba á franquear.»

Aquí interrumpió su relacion el padre Alejo, viendo llenarle mis ojos de lágrimas. Al pensar la íntima semejanza que existia entre la situacion que me describia y la mia, incliné mi cabeza sobre su helada mano. Comprendíome, estrechéme fuertemente y continuó:

Viendo Espiridion que aquella alma tierna y apasionada en sus afectos, iba á romperse con el hilo de su vida, trató de suavizar el horror con que el catolicismo rodea la idea de la muerte y pintóle con suaves y claros colores, ese paso de una existencia efimera á una existencia sin fin.

—No me inspirais lástima porque moris respondia Fulgencio, quéjome por que me abandonais. No me inquieta vuestra suerte; sé que vais á pasar de mis brazos á los de mi Dios que os ama, pero yo voy á gemir sobre esta tierra ingrata y á arrastrar una existencia desamparada entre seres que nunca os reemplazarán en mi corazon.

—¡Oh hijo mio! no hables así replicó el abad; hay una providencia para los buenos, para los corazones amantes. Si te roba un amigo que ha cumplido ya su mision cerca de tí, en compensacion dará á tu vejez otro amigo fiel, un hijo afectuoso, un discípulo confiado que embellecerá tus últimos dias con los consuelos que hoy dia tú me prodigas.

—Nadie podrá amarme como yo os amo, repuso Fulgencio, porque nunca seré digno de inspirar amor semejante al que me inspirais, y aun cuando esto pudiese suceder, ¡soy tan jóven que imaginad cuanto habré de sufrir privado de guia y de apoyo durante los años de mi vida en que vuestra proteccion y vuestros consejos me hubiesen sido tan necesarios!

—Escucha dijo un dia el abad á su discípulo: quiero manifestarte un pensamiento que ha atravesado muchas veces mi espíritu sin detenerse nunca en él. Ya sabes que nadie es mas enemigo que yo de las groseras truhanerías de que se valen los frailes